

Perú

Elecciones-2000 y los conflictos poselectorales

Martín Tanaka

El proceso electoral-2000 en el Perú es materia de análisis en este trabajo. Dicho proceso tuvo varios bandazos, expresivos de la extrema debilidad de los actores políticos. Este artículo ofrece una explicación de esos bandazos, partiendo de las estrategias y decisiones de esos actores, y de su relación con el electorado. Al final, el autor sugiere un camino posible que podría llevar al Perú por el ansiado camino de la transición a un régimen plenamente democrático.

En este artículo analizo el desconcertante y cuestionado proceso electoral del año 2000 en el Perú empezando por sus antecedentes, signados por el intento de reelección de Alberto Fujimori, que cubren prácticamente todo su segundo periodo presidencial (1995-2000). El proceso electoral tuvo varios bandazos, expresivos de la extrema debilidad representativa de todos los actores políticos. Al comienzo, hasta fines de 1998, parecía seguro el triunfo de la oposición; después, durante todo 1999 y hasta semanas antes de las elecciones, parecía imposible evitar el triunfo de Fujimori, incluso con mayoría absoluta; a continuación, y súbitamente, pareció que perdía, derrotado por un rival inesperado, Alejandro Toledo; así, después de la primera vuelta, la oposición, aparentemente liquidada, mostró un vigor impresionante, y más bien el fujimorismo se veía arrinconado y hasta para algunos, «herido de muerte»; finalmente, este supuesto cadáver logró superar todos los formidables obstáculos que tuvo por delante, tanto en el ámbito nacional como internacional. Este artículo ofrece una explicación de estos bandazos, partiendo de las estrategias y decisiones de los actores políticos, y de su relación con el electorado. Al final, me atrevo a sugerir un camino posible que podría llevarnos por el ansiado camino de la transición a un régimen plenamente democrático.

MARTÍN TANAKA: doctor en Ciencia Política de Flacso-México; investigador asociado del Instituto de Estudios Peruanos; profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú. @: mtanaka@iep.org.pe.

Palabras clave: proceso electoral, oposición, Fujimori, Perú.

El segundo gobierno de Fujimori

Después del golpe de Estado de 1992, tuvimos en el Perú una etapa de transición, que supuestamente terminaría con la reinstalación de un régimen democrático, dado por las elecciones de 1995 (de presidencia y Congreso), en el marco de una nueva Constitución (aprobada por referéndum en 1993). Sin embargo, en 1995 se dio un triunfo abrumador del fujimorismo, al que una oposición débil y fragmentada no pudo hacer frente¹. Como consecuencia, no logró constituirse un nuevo sistema de partidos, y tuvimos que el régimen autoritario establecido en 1992, si bien logró una amplia legitimación democrática por la vía electoral en 1995, no alteró sustancialmente su dinámica, al no enfrentar ningún contrapeso significativo que lo obligara a seguir un rumbo institucional.

Esta situación se vio agravada por el hecho de que, desde 1996, el Gobierno inició la implementación de una serie de iniciativas que permitieran la reelección del presidente, medida que tiene, cuando menos, una constitucionalidad muy dudosa. Para esto, se echó mano de la mayoría en el Congreso, empezando por la aprobación de la «ley de interpretación auténtica de la Constitución», de agosto de 1996 (ley 26.657)². Posteriormente, se intervinieron todas las instituciones que pudieran objetar, directa o indirectamente, esa ley. Así, se intervino el Poder Judicial (junio de 1996) y el Ministerio Público (enero de 1997); se desactivó el Tribunal Constitucional, destituyendo a tres de sus siete miembros (mayo de 1997); se recortó las funciones del Consejo Nacional de la Magistratura (marzo de 1998); se impidió la realización de un referéndum sobre la reelección del presidente (agosto de 1998); y se limitó las posibilidades de los organismos electorales para declarar ilegal la postulación del presidente (mayo de 1999), entre muchas otras acciones. Todas estas acciones merecieron en su momento la desaprobación mayoritaria de la opinión pública, y mellaron la legitimidad del régimen.

Por todo esto, el proceso que se inició en 1996, con la «ley de interpretación auténtica», y que terminó con la juramentación de Fujimori el pasado 28 de julio como presidente de la República, revela que el fujimorismo opera cada vez más como un *régimen autoritario*, en el que el Estado de derecho y sus instituciones están presentes, pero como formalidades que encubren un enor-

1. Fujimori obtuvo 64,4% de los votos presidenciales, y su movimiento 52,1% de los votos congresales; su más cercano competidor, Javier Pérez de Cuéllar, obtuvo 21,8% de los presidenciales, y su movimiento, Unión por el Perú (UPP), 14% de los votos congresales. Así, en el Congreso unicameral electo en 1995 surgieron claramente dos grandes bloques: el vinculado al Gobierno, Cambio 90-Nueva Mayoría, con 67 de 120 escaños, y el de la oposición, encabezado por la UPP, con apenas 17. Sobre las elecciones de 1995 v. Schmidt.

2. Según la Constitución de 1993, solo existe reelección inmediata por un periodo; esta ley estableció que el primer periodo de Fujimori fue el de 1995, no el de 1990 (porque en 1990 Fujimori fue electo según la Constitución de 1979). Sin embargo, es claro que el debate constituyente y el Jurado Nacional de Elecciones establecieron en su momento que Fujimori podía ser candidato presidencial en 1995 *en el entendido de que* aspiraba a la reelección permitida por la Constitución de 1993.

me grado de control de la cúpula en el poder, que tienen muy pobres niveles de competencia y pluralismo³. Como consecuencia, el proceso electoral del año 2000 tuvo en gran medida las características de un proceso que se da en un contexto autoritario: injusto, desigual, controlado.

El proceso electoral de 2000: primera vuelta

El proceso electoral, visto de una manera amplia, tuvo varias etapas, claramente marcadas. La primera va desde 1997 hasta mediados de 1999; en ella pareció que el escenario electoral frente a las elecciones del 9 de abril de 2000 iba a ser muy disputado, pero con una oposición con mayor capacidad de triunfo, ante una creciente pérdida de legitimidad del fujimorismo. Como puede verse en el cuadro 1, el promedio de aprobación a la gestión presidencial cayó de 65,84%, entre octubre de 1991 y octubre de 1996, a 39,53% entre noviembre de 1996 y diciembre de 1998. Esta caída se explica por la crisis económica, por una recesión⁴, y por los escándalos políticos asociados a la reelección.

Cuadro 1

Porcentaje de aprobación a la gestión presidencial por sectores sociales (datos de Apoyo* para Lima Metropolitana)

Periodos	Promedio	A	B	C	D
1) Jul.-Dic. 90	54,3	44,83	47,33	55,66	61
2) Ene. 91-Sep. 91	38	35,66	36,22	38,66	38,44
3) Oct. 91-Oct. 96	65,84	67,81	62,14	62,09	62,67
4) Nov. 96-Dic. 98	39,53	38,77	33,61	38,03	42,92
5) Ene. 99-Abr. 00	47,81	40,68	38,25	45,69	54,31

* Empresa encuestadora.

La segunda etapa es la de la sorprendente recuperación del fujimorismo, y va entre mediados de 1999 hasta febrero de 2000. El promedio de aprobación a la gestión presidencial se elevó a 47,81% entre enero de 1999 y abril de 2000 (v. cuadro 1). Fujimori aparecía como favorito, incluso con la posibilidad de ganar por mayoría absoluta, claramente lejos de sus más cercanos competidores. Esta recuperación se explica, a mi juicio, por tres factores: primero, los límites de la oposición; segundo, algunos méritos del Gobierno; y tercero, maniobras solo entendibles en el contexto autoritario del régimen al que ya hice referencia⁵.

3. Sobre la naturaleza del régimen político actual en el Perú, v. McClintock; Tanaka 1999.

4. Según cifras oficiales, el PBI creció apenas 0,8% en 1998.

5. Sobre el punto v. Tanaka 1999.

Respecto a la oposición, creo que cometió el error de encerrarse en una lucha institucionalista, de defensa del Estado de derecho, cuando la mayoría de la población esperaba sobre todo propuestas de política económica, resentida por los efectos de la recesión. La oposición no tuvo un discurso claro frente a esto, dejándose a Fujimori, quien, utilizando los recursos del Estado, desarrolló una agresiva política asistencial. Por esto, como puede verse en el cuadro 1, la aprobación a la gestión presidencial fue notoriamente mayor entre los más pobres (sector D). La oposición, por el contrario, fue más fuerte entre los sectores medios, más sensibles a los temas institucionales (sector B). Por una simple razón de demografía electoral, el fujimorismo salió ganando.

De otro lado, la oposición se presentó dividida a las elecciones, dispersando el voto en contra de Fujimori. A pesar de que la suma de los votos de los candidatos opositores se ponía gruesamente a la par de la de los fujimoristas (según las encuestas de intención de voto) aquéllos no lograron gestar una alianza, como por ejemplo la Alianza en Argentina. ¿Por qué? Creo que la explicación hay que encontrarla, de un lado, en el sistema electoral, y en el otro, en la naturaleza de los movimientos políticos de oposición.

El sistema electoral peruano fomenta la dispersión: el Congreso se elige en una sola circunscripción nacional, sin barreras de entrada, es decir, es altamente proporcional, lo que desestimula la formación de alianzas (basta 0,8% de los votos para tener representación). De otro lado, el sistema de elección en dos vueltas (de no conseguirse mayoría absoluta en la primera), llevó a que para los candidatos de oposición lo importante no fuera ganar, sino quedar segundos. Aparte, los movimientos de oposición son nuevos, improvisados, fuertemente caudillistas, y apuntan más a posicionarse en la escena política a mediano plazo, y toman menos en serio la elección inmediata. Estamos pagando todavía las consecuencias del colapso del sistema de partidos.

Además de la debilidad de la oposición, cuentan por supuesto algunos méritos del Gobierno; entre ellos podríamos mencionar una muy ligera reactivación económica a lo largo de 1999, la demarcación territorial después de la firma de la paz con Ecuador, la solución de algunos problemas fronterizos pendientes con Chile, la captura del principal líder de Sendero Luminoso todavía en libertad, el «camarada Feliciano», y otros. La combinación de la debilidad de la oposición y los méritos del Gobierno hicieron que el tercer factor mencionado, maniobras autoritarias del régimen, pudieran desarrollarse con éxito: me refiero al uso electoral de los recursos del Estado, el control de gran parte de la prensa, campañas de desprestigio, etc. Es por eso que no se puede decir que las elecciones cumplieran con estándares internacionales que marcan elecciones «libres y justas»⁶.

6. Esto ha sido ampliamente documentado por todos los organismos de observación electoral independientes: la misión de la Organización de Estados Americanos (OEA), el Carter Center, el National Democratic Institute, el Departamento de Estado de los Estados Unidos, la Federación Internacional de Derechos Humanos, el Electoral Reform International Service,

La tercera etapa del proceso electoral fue la signada por el llamado «fenómeno Toledo», candidato que subió inesperada y vertiginosamente en intención de voto, apenas a 5 o 6 semanas antes de la elección, de 10% a 37% de los votos emitidos el 9 de abril (v. cuadro 2). En una muestra impresionante de autonomía por parte del electorado, casi todo el voto de oposición se concentró rápida y espontáneamente en un solo candidato, logrando colectivamente la unidad que los líderes de oposición fueron incapaces de lograr, evitando la consolidación del fujimorismo. ¿Quién es Alejandro Toledo? Es otro personaje «independiente», economista de cierto perfil tecnocrático, que ya había tentado sin éxito la presidencia en 1995⁷. Toledo encarnó la esperanza de renovación, pero sobre la base de una propuesta de centro: continuar lo bueno del gobierno, corregir sus errores, poniendo énfasis en la creación de puestos de trabajo.

Cuadro 2

Intención de voto presidencial, datos nacionales⁸

	Oct. 1999	Ene. 2000	Feb. 2000	Mar. 2000	9 de abril
Fujimori	36	41	39	38	46
Andrade	19	16	14	8	2,8
Castañeda	19	14	12	5	1,7
Toledo	6	7	10	27	37

Los resultados de la votación del 9 de abril son impresionantes: por la altísima votación de Fujimori, después de 10 años de gobierno; por la votación por Toledo, totalmente inesperada, súbita y espontánea; y por la bajísima votación que obtuvieron los demás candidatos, que muestra una volatilidad extrema del voto opositor⁹. Revela, con todo, que pese al autoritarismo del régimen, éste es vulnerable en el escenario electoral.

Estos resultados muestran a un fujimorismo muy sólido, apenas a décimas del triunfo por mayoría absoluta, según los votos válidos¹⁰. A pesar de esto, la

y el Washington Office on Latin America; también por observadores nacionales como Transparencia, el Foro Democrático, el Consejo por la Paz, y la Defensoría del Pueblo (Ombudsman), instancia gubernamental.

7. Entonces Toledo obtuvo 3,2% de los votos presidenciales, y su lista al Congreso 4,1%.

8. Los datos son tomados de las encuestas de intención de voto nacionales de la empresa Apoyo; los datos del 9 de abril son los resultados oficiales; todas las cifras están calculadas sobre el total de votos emitidos, que incluyen los votos en blanco y viciados.

9. Se ha discutido mucho sobre la validez de estas cifras, y se ha hablado insistente y generalizadamente de fraude. Mi opinión es que ello es simplemente erróneo. Esto no significa negar que el proceso electoral estuvo lleno de irregularidades, se trató de un proceso que asumió las características de un proceso organizado por un régimen autoritario, como hemos visto. A pesar de esto, los resultados citados no difieren sustancialmente de los conteos realizados por instituciones de observación electoral de incuestionable independencia, como Transparencia. Vale decir, el día 9 de abril no se cometió un fraude grosero, producto de una planificación centralizada, aunque en general el conjunto del proceso haya estado viciado.

noche del 9 de abril fue de la oposición. Esto por un hecho totalmente accidental, fortuito: el 9 de abril, a las 4 de la tarde, todos los *exit polls* dieron como ganador a Alejandro Toledo (46% frente a 42% de Fujimori, en promedio), pero a las 9 de la noche, las mismas encuestadoras, con información de las actas escrutadas, dieron un resultado inverso¹¹. Esto generó la sensación de que se asistía a un cambio intencional de resultados, desconfianza alimentada porque no hubo ninguna manera de fiscalizar el cómputo oficial de votos, por demás lleno de irregularidades¹². Esta sensación de fraude desencadenó una movilización impresionante (no vista desde fines de los años 80), y fuertes presiones externas, que en la práctica evitaron que el Gobierno cayera en la tentación de ganar «en mesa» las centésimas que necesitaba para evitar una segunda vuelta. Así, la *percepción* de fraude permitió a Toledo convertirse en un gran referente de oposición y de alternancia, y consolidar el crecimiento aluvional ocurrido desde febrero.

El proceso electoral de 2000: segunda vuelta

Una vez determinada la segunda vuelta, un Toledo inexperto, sin equipo, desbordado por los acontecimientos, que se encontró *por accidente* con un liderazgo que no construyó, tuvo que tomar grandes decisiones. Toledo enfrentó un dilema; se le abrieron dos caminos, a mi juicio incompatibles. De un lado, estaba el que llevaba simplemente a intentar ganar la elección. Esto implicaba continuar con la exposición de un programa de gobierno, buscar al elector de centro, buscar quitarle votos a Fujimori apelando al votante fujimorista «blando», por así decirlo; ofrecer una alternancia pacífica, ordenada, viable (los resultados decían claramente que para ganar tenía que conquistar votos fujimoristas). El otro camino era radicalizarse, denunciar que hubo fraude en la primera vuelta, que los resultados verdaderos eran los de los *exit polls* y no los oficiales, pedir desmontar el «andamiaje autoritario», apelar a la lucha y la movilización. Este camino, si bien consolidaba su liderazgo entre los opositores más radicales, lo alejaba del votante promedio, y mucho más del que votó por Fujimori en la primera vuelta.

Toledo vaciló entre los dos caminos en las escasas semanas entre la primera y la segunda vueltas; de algún modo, estas vacilaciones paralizan a la oposi-

10. Descontando los votos nulos y blancos, Fujimori quedó apenas a 13 centésimas de punto de ganar en la primera vuelta.

11. ¿Por qué fallaron los *exit polls*? Además del hecho de que no son un instrumento infalible, se produjo un fenómeno de «voto oculto» o «vergonzante», ciertamente inesperado. Ya hemos mencionado que el voto fujimorista es más fuerte entre los más pobres y menos educados, por lo que el voto fujimorista aparecía como un voto menos razonado, y por ello socialmente indefendible.

12. Eduardo Stein, jefe de la misión de observación de la OEA, calificó el proceso de cómputo como una «caja negra», y señaló la noche del 9 de abril que «algo siniestro estaba pasando». Por mencionar solo una de las muchas irregularidades en el proceso de cómputo, se registró por momentos que a mayor número de mesas escrutadas, *disminuía* el número absoluto de votos de algunos grupos políticos.

ción hasta este momento. Primó en general el camino de la radicalización, y por eso, a mi juicio, Fujimori fue capaz de ganar la partida. La imagen de Toledo quedó identificada con una «línea dura», y con posiciones institucionistas, dejándose de lado las preocupaciones centrales de la mayoría: empleo, desarrollo, combate a la pobreza. Es decir, la oposición cometió el mismo error de 1998. Así, días antes de la segunda vuelta (28 de mayo), todas las encuestas de opinión daban una ventaja de 10 puntos a Fujimori sobre Toledo, con un porcentaje de indecisos que mantenían cierto suspenso.

En este contexto hay que ubicar la actuación de la Misión de Observación de la OEA. El Gobierno no hizo concesiones frente a los múltiples cuestionamientos surgidos de la primera vuelta. Al final, la OEA rebajó en la práctica sus exigencias de cambio a un mínimo¹³, que consistió en pedir la postergación de la elección por solo 10 días, para poder verificar el *software* del cuestionado sistema de cómputo de votos. Al Gobierno le habría convenido la postergación, en tanto así hubiera legitimado el triunfo que le anticipaban las encuestas, sin embargo, la incertidumbre inevitable en procesos electorales disputados, y el evitar una imagen de debilidad, lo llevaron a seguir adelante. Como respuesta, Toledo decidió retirar su candidatura, una vez más, de manera confusa. Llamó primero a no votar, y luego a votar viciado.

Así llegamos a la votación del 28 de mayo, que se llevó a cabo con un solo candidato, sin la presencia de observadores nacionales y extranjeros, y sin personeros de oposición. Los resultados oficiales, de dudosa confiabilidad, dieron a Fujimori 51,22% de los votos emitidos, y a Toledo 17,68%; el voto nulo llegó a casi 30%; y la abstención llegó a 17,22%, porcentaje ligeramente superior al registrado en la primera vuelta. En otras palabras, aun con estos datos poco confiables, los votos obtenidos por Fujimori y los que podemos interpretar como respaldando a Toledo resultaron bastante parejos.

Los conflictos poselectorales

Una vez terminada la segunda vuelta, y hasta el 28 de julio (fecha del «cambio de mando»), se abrieron tres frentes de batalla, por así decirlo: el internacional, el del Congreso, y el de la movilización en las calles. La oposición jugó en los tres escenarios a cuestionar las elecciones y descalificar el triunfo de Fujimori; por supuesto, el Gobierno jugó a la política de hechos consumados. En cuanto al escenario internacional, las disputas se dieron en la Asamblea General de la OEA, celebrada en Windsor, Canadá. El Gobierno peruano buscó el reconocimiento de la elección, y la oposición la aplicación de la resolución 1.080, prevista para casos de «interrupción violenta del orden constitucional». Pese a los grandes cuestionamientos que recibió, el Gobierno consiguió

13. Se arriaron en la práctica las banderas que tenían que ver con detener el uso electoral de los recursos del Estado, sancionar efectivamente los delitos electorales, lograr la apertura de los medios de comunicación y otros.

su objetivo inmediato, aunque tuvo que aceptar el establecimiento de una misión permanente de la OEA en el país, que buscara la «democratización». En cuanto al Congreso, las cosas no parecían fáciles al régimen. La alianza fujimorista, Perú 2000, obtuvo solo 52 escaños de 120. En teoría, la oposición tenía la mayoría. Se manejó incluso la posibilidad de una salida a lo Bucaram en Ecuador: declarar la vacancia de la presidencia, establecer un gobierno provisional y convocar nuevamente a elecciones. Sin embargo, antes de la instalación del nuevo Congreso, el fujimorismo ya había logrado elevar el número de sus congresistas a 64. Más todavía, el 27 de julio, en la elección de la nueva directiva, la lista del oficialismo consiguió 70 votos, y la de la oposición apenas 46. Y la tendencia parece ser que la bancada oficialista siga creciendo. Detrás de esto está sin duda la extrema debilidad de los nuevos movimientos políticos, y la gran capacidad de presión que tiene un régimen de rasgos muy autoritarios. Si bien no puede descartarse que la oposición pueda presionar desde el Congreso, las perspectivas no se ven muy buenas que digamos.

Finalmente, muchas personas creyeron que con la movilización ciudadana en las calles, el régimen podría tambalear; creo que como resultado de una combinación de ingenuidad, y una suerte de pasadismo *movimientismo*. En otro texto he argumentado sobre el fin del *movimientismo* en el Perú (Tanaka 1998). Es decir, ya no puede decirse que se construya poder real sobre la base de la movilización de sectores estratégicos de trabajadores, como en los 80. Las movilizaciones vistas en las últimas semanas tenían otro carácter; muy espontáneas, sin organización, sin capacidad de afectar la producción o la provisión de servicios esenciales. Así, su capacidad de presión resultaba simbólica. Con todo, se organizó la marcha de los «Cuatro Suyos», que dio lugar a manifestaciones importantes el 26 y 27 de julio. El 28, sin embargo, mientras Fujimori prestaba juramento en el Congreso, en las calles del centro de Lima ocurrieron desmanes y sucesos violentos que terminaron con el saldo de seis muertos. A mi juicio, esto no hace sino desgastar la posibilidad de continuar con las movilizaciones, desencadena una reacción conservadora que favorece al régimen, y desprestigia muy fuertemente a Toledo.

En suma, creo que el Gobierno ha logrado superar todos los obstáculos que enfrentaba en el corto plazo. Fujimori sigue siendo el jefe de Estado, aunque su legitimidad esté en cuestión, tanto en lo interno como en lo internacional. Muchos sectores se mostraron dispuestos a trocar el otorgamiento de legitimidad a un gobierno resultado de elecciones amañadas, a cambio de una promesa de democratización en un tiempo razonable. Tarea altamente improbable, por el tipo de alianzas y hábitos de Fujimori, aunque no descartable del todo, en tanto las presiones continúen.

La salida: pensar en el mediano plazo

Para la oposición democrática, ¿qué queda? Creo que el régimen, simplemente, ganó la batalla electoral y poselectoral de manera rotunda, confrontación

que se presentó, otra vez, de manera «casual», no resultado de una estrategia o de acumulación previa de fuerzas. Visto desde este ángulo, el desenlace no es sorprendente. Se impuso la reelección, se evitó la resolución 1.080, se neutralizó el Congreso, se logró el respaldo de las FFAA, se ganó o dividió a los empresarios, se cuenta con un importante apoyo popular, se logró despertar desconfianza en la oposición, se neutralizó las movilizaciones. Creo que mientras más rápido se acepte este hecho, menos tiempo se perderá, se evitará mayor desgaste, y más ordenado será el repliegue pensando en las batallas por venir.

Ciertamente el régimen no ha ganado la guerra. La oposición ahora está de pie (por primera vez desde 1992); hay mucho descontento; hay un clima que permite pensar en organización y en lo verdaderamente importante, más allá de la simple oposición a Fujimori. A la oposición le corresponde pensar en el mediano y largo plazos. Se trata de construir una alternativa, una opción convincente de transición para las FFAA, los empresarios, el frente internacional, las clases medias, y los pobres, la mayoría del país; que sea capaz de generar una convocatoria amplia, con un programa de gobierno claro.

Una alternativa que apueste al espacio de centro (en el sentido tanto ideológico como táctico), y que muestre claramente la ventaja de salir del *statu quo*. Me parece claro que hay actores estratégicos que están con Fujimori no por convicción, sino porque simplemente no avizoran una opción mejor. Acaso el programa de reformas de «segunda generación», con un fuerte énfasis en políticas sociales, sea un buen punto de referencia de lo que habría que hacer. ¿Existe otra salida? Un camino alternativo es seguir con una lógica de puro enfrentamiento, que a mi juicio llevaría a un aislamiento y debilitamiento progresivos, a que el ciudadano promedio, no identificado con los extremos, se aleje, y que por el contrario, se desarrolle una tendencia conservadora que lleva a una identificación con el *statu quo*.

A la luz de este análisis, la negociación entre Gobierno y oposición a darse en las próximas semanas y meses con la intervención de la Misión de la OEA es crucial. Seguramente no será posible lograr nada espectacular (nuevas elecciones o la salida de Vladimiro Montesinos, el asesor presidencial, verdadero poder detrás del Servicio de Inteligencia Nacional). Pero hay que lograr cambios imprescindibles pensando en el mediano plazo: asegurar la libertad de prensa, la autonomía de los organismos electorales, el cambio de las reglas electorales, la autonomía del Poder Judicial, entre muchos otros. Me parece fundamental no perderse en una agenda máxima, inviable, que termine por entorpecer la obtención de algunos mínimos imprescindibles.

Hace poco leía a Rolando Cordera, quien, para el caso de la economía mexicana, decía que, contrariamente a lo dicho por Keynes, en realidad la vida está en el largo plazo, porque en el corto estamos muertos; repetir lo mismo para la realidad política del Perú de hoy acaso sea exagerado, pero, me temo que no tanto.

Referencias

- McClintock, Cynthia: «¿Es autoritario el gobierno de Fujimori?» en Fernando Tuesta (ed.): *El juego político. Fujimori, la oposición y las reglas*, Fundación Friedrich Ebert, Lima, 1999.
- Schmidt, Gregory: «Delegative Democracy in Peru? Fujimori's 1995 Landslide and the Prospects for 2000» en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* vol. 42 N° 1, 2000.
- Tanaka, Martín: «From Movimientismo to Media Politics: The Changing Boundaries between Society and Politics in Fujimori's Peru» en John Crabtree y Jim Thomas (eds.): *Fujimori's Peru: The Political Economy*, Institute of Latin American Studies, University of London, 1998.
- Tanaka, Martín: «Los partidos políticos en el Perú, 1992-1999: estatalidad, sobrevivencia y política mediática», Documento de Trabajo N° 108, Instituto de Estudios Peruanos-The Japan Center for Area Studies, Lima, 1999.

CUADERNOS AMERICANOS

Marzo-Abril 2000

México

N° 80

FILOSOFÍA Y CULTURA DEL CARIBE: **Leopoldo Zea**, Identidad continental multirracial y multicultural. **Mabel N. Cernadas de Bulnes**, Reflexiones sobre la vida intelectual en Cuba: José Martí y Enrique José Varona en la perspectiva del Colegio Libre de Estudios Superiores. **Adriana Susana Eberle**, El presidente Frondizi y el «desafío cubano»: análisis de las alternativas de América Latina frente al modelo castrista. **Roberto Fernández Retamar**, 1898 y el nuevo pensamiento independentista cubano. **Florencia Ferreira de Cassone**, Los prisioneros de Atlanta en la revista *Claridad*. **María Dolores González-Ripoll Navarro**, Hacia el ciudadano útil: filantropía e ilustración en la Casa de Beneficencia de La Habana. **Ibrahim Hidalgo de Paz**, Desde el Caribe: el proyecto martiano. **Rosa M. Latino-Genoud**, Dinámicas de la oralidad en el Caribe. **Manuel Lucena Salmoral**, Los códigos negros latinoamericanos y su relación con la economía de plantación. **Javier Pinedo**, Ser otro sin dejar de ser uno mismo: España, identidad y modernidad en la Generación del 98. **María Elena Rodríguez Ozán**, El Caribe en la obra de Darcy Ribeiro. Doctorado *Honoris causa* otorgado a Leopoldo Zea por la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina. DESDE EL MIRADOR DE CUADERNOS AMERICANOS: **Alberto Acereda**, Darío moderno, Bécquer romántico: en torno de un lugar común de la modernidad poética en lengua española. **José Osvaldo Antequera**, La Guerra Hispano-Norteamericana de 1898 y sus repercusiones en Mendoza. **Adalberto Santana**, El ideario de Francisco Morazán. **Marcos Cueva Perus**, ¿La sombra de los caudillos? (notas sobre tradición y autoridad en América Latina de finales del siglo xx). CRÓNICA de la ceremonia de entrega de la condecoración de la Orden de Río Branco, en grado de Gran Oficial, a Leopoldo Zea. **Francisco Junqueira**, Discurso de la ceremonia de entrega de la condecoración de la Orden de Río Branco, en grado de Gran Oficial, a Leopoldo Zea. **Leopoldo Zea**, Palabras.

Cuadernos Americanos. Revista dedicada a la discusión de temas de y sobre América Latina. Suscripción por un año (seis números). US\$125. Redacción y Administración: 2° piso, Torre I de Humanidades, Ciudad Universitaria, 04510, México,